

**TRES AÑOS DESPUES**

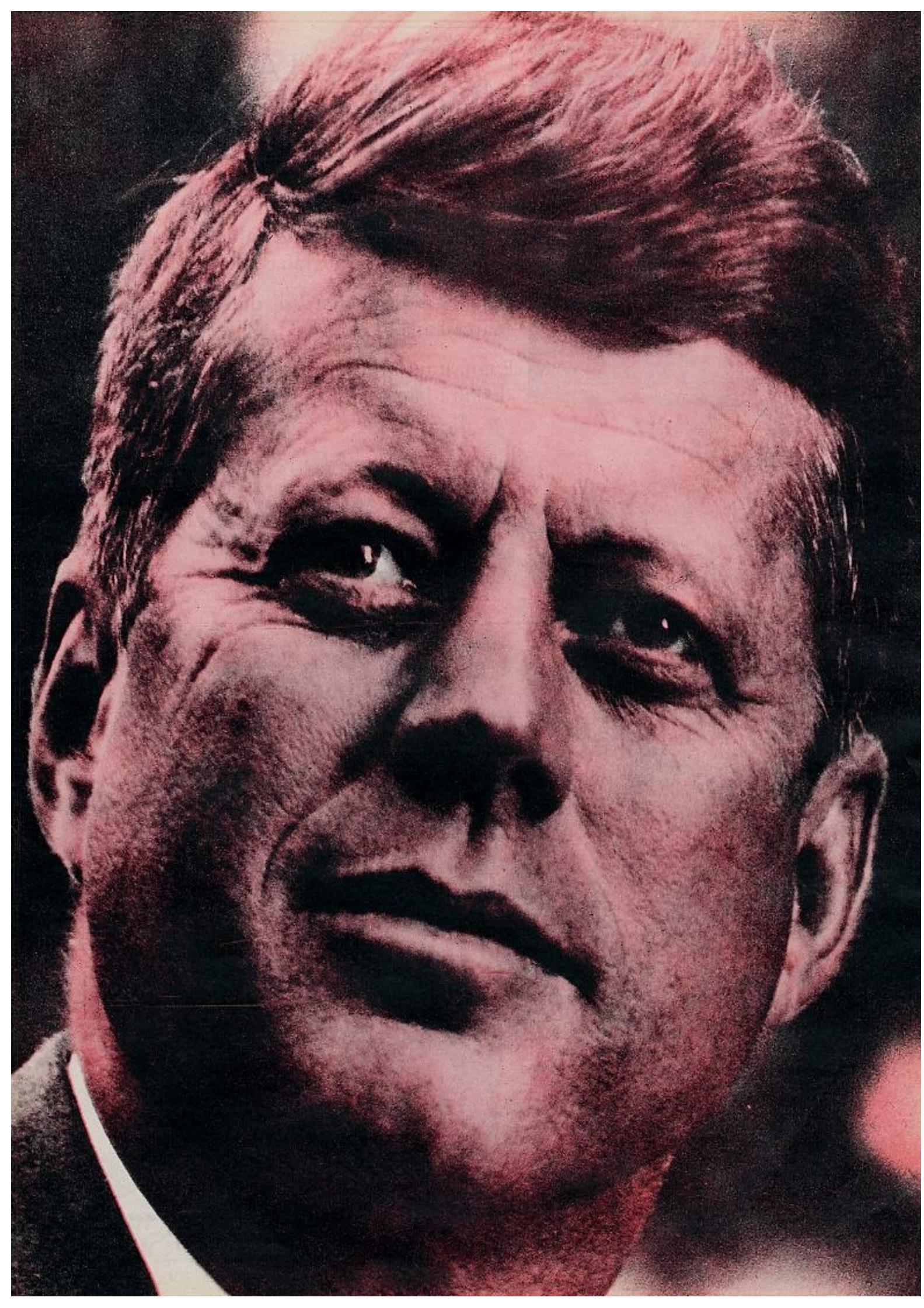
# EL ESPECTRO DE KENNEDY

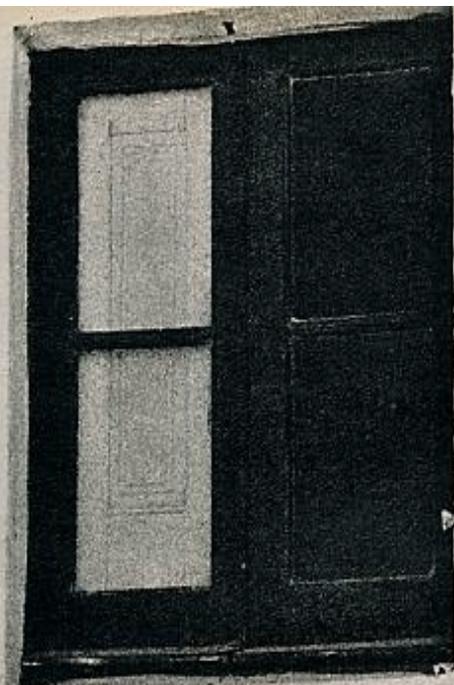
**Por EDUARDO HARO TECGLEN**

**D**L martes, 22 de noviembre, Robert Kennedy y su esposa fueron a primera hora al cementerio nacional de Arlington para orar ante la tumba del Presidente asesinado. Se cumplían tres años del magnicidio de Dallas. Poco después llegaron unos emisarios del Presidente Johnson —convaleciente en Tejas— para depositar una inmensa corona de flores. En Argel, Edward Kennedy, recién llegado de Marruecos —donde, en Casablanca, había inaugurado la avenida Kennedy—, escuchaba una Misa en la catedral católica. La madre de los Kennedy oía Misa en Boston; la de Jacqueline, la señora Hugh Auchincloss, iba también al cementerio de Arlington, donde la tumba se iba cubriendo poco a poco de flores depositadas por desconocidos y amigos. En París, la Embajada de los Estados Unidos inauguraba una «Exposición Kennedy» —que pronto llegará a Madrid— y allí, como en otras muchas capitales del mundo, comenzaba la exhibición de un «film» documental, «Un gran hombre cruzó nuestro camino», exaltando la memoria del asesinado. Hubo flores en Dallas, sobre la lápida que recuerda el lugar del crimen. En Nueva York, Jacqueline pasó el día entero sin salir de su piso de la Quinta Avenida, mientras sus hijos, John y Carolina, acudían a la escuela como todos los días.

Pero muchos periódicos, muchas revistas en los Estados Unidos y en el mundo habían escogido la fecha para hacer estallar de nuevo el angustioso tema: ¿quién mató realmente a Kennedy? ¿Por qué? ¿Ha dicho toda la verdad la Comisión Warren? ¿Se descubrirá algún día el enigma histórico? Hace justamente tres años, en las horas inmediatas al doble crimen de Dallas —víctimas, el Presidente Kennedy y su presunto asesino, Oswald—, escribía TRIUNFO: «... pero el asunto, naturalmente, no ha terminado. El guión es demasiado dudoso: permite muchas y muy largas sospechas». Y escribía también: «La realidad es que el caso Kennedy, el caso Oswald, el caso Rubinstein, apenas ha comenzado. Su investigación puede ser dra-

mática, puede desencadenar una serie de acontecimientos imprevisibles. Pero eso es dramático y es sano». La investigación judicial —la Comisión Warren— no desencadenó nada: asumió la responsabilidad de aceptar y sancionar favorablemente la tesis inicial de la Policía de Dallas, cuyo jefe había dicho: «Con la muerte del acusado (Oswald) termina el caso Kennedy». Casi inmediatamente comenzó una investigación de la investigación. En diciembre de 1965, TRIUNFO publicaba una larga encuesta de Thomas Buchanan, minuciosa y detallada, en la que se llegaba a la conclusión de que en Dallas había un segundo tirador. Casi al mismo tiempo, en Estados Unidos Silvan Fox publicaba un libro, «Preguntas sin respuesta acerca del asesinato de Kennedy», en el que se insistía en la existencia de un complot más amplio. Poco a poco estas ideas han ido ampliándose, proliferando, acelerándose. En los últimos seis meses se han publicado 34 libros o artículos de mayor importancia en los Estados Unidos, en los que se discute o se niega la tesis de la comisión presidida por Earl Warren. Uno de ellos ha aparecido en los escaparates de las librerías españolas, en el momento del aniversario: «Encuestas», de Edward J. Epstein (Ediciones Dima, Barcelona). Epstein —que inició su encuesta como tesis doctoral para la Universidad de Cornell, de la que era estudiante, y luego la convirtió en libro— dice de la Comisión Warren: «Si el propósito explícito de la Comisión era el de averiguar la verdad y exponer los hechos, el propósito implícito era defender el interés nacional acabando con los rumores. Ambos propósitos eran compatibles siempre que los rumores carecieran de fundamento. Pero, ¿qué sucedería si alguno de los rumores propagados perjudicando el prestigio de la nación resultara ser cierto? El propósito explícito de la Comisión hubiera dictado que se airease el informe sin considerar las consecuencias, mientras que el propósito implícito hubiera dictado que el rumor se sofocara, independientemente de su veracidad. En un conflicto semejante habría **SIGUE**





VÍ LA  
MARCA LANA  
ENTRÉ Y  
COMPRE!

Porque ahora sé lo que compro: Lana auténtica, natural, sin fibras extrañas. Pura Lana Virgen.

Para estar seguro si Vd. quiere lo mejor exija la Marca Lana.

En un traje Minister con la garantía internacional de Pura Lana Virgen.



CONFECCION

**MINISTER**<sup>®</sup>

LO ESTUDIA TODO. TODO. TODO.

# EL ESPECTRO



# DE KENNEDY

de prevalecer uno de los dos propósitos». La consecuencia que desarrolla Epstein es que en la Comisión prevaleció el segundo propósito. ¿Tenía derecho a hacerlo, debía hacerlo así? «Cuando Arthur Sylvester, secretario de Defensa de Asuntos Públicos, manifestó en 1962 que todo Gobierno tiene el derecho inherente a recurrir a la mentira para salvarse, aludía a la crisis de los "missiles" que amenazaban directamente los intereses de la nación. Una tal afirmación política se comprende en tiempo de guerra, o cuando la guerra es inminente, pero existen otras circunstancias en las que los intereses nacionales no se hallan definidos con actitudes tan recortadas. La Comisión Warren se hallaba envuelta en una situación parecida: la fe de la nación en sus propias instituciones se hallaba en entredicho. Es, por lo mismo, importante considerar hasta qué punto esta idea afectó a la Comisión Warren en su investigación por descubrir la verdad».

Nuevas e importantes dudas han salido a la luz precisamente en el día del tercer aniversario. Se pide ahora una nueva investigación, una encuesta más amplia. Una de las personas que lo piden así es el gobernador de Tejas, John Connally. Es un testigo de excepción. Iba en el coche de Kennedy en el momento del crimen y él mismo fue alcanzado por una bala. El nuevo testimonio lo recoge una de las revistas de mayor circulación en Estados Unidos, «Life». Connally ha visto de nuevo la película donde se refleja el atentado —tomada casualmente por un espectador, Abraham Zapruder— y declara formalmente que hubo al menos tres disparos y que él mismo fue herido un segundo y tres décimas después de que el primer proyectil hiriese a Kennedy. Sin embargo, todos los peritos están conformes en que el mejor tirador del mundo no podría haber disparado dos balazos con un intervalo inferior a dos segundos y tres décimas entre ellos. Este testimonio apoya muy firmemente la tesis de la existencia de un segundo tirador.

Esta es la tesis que sostiene la revista mensual «Esquire» con ayuda de una prueba. La prueba es una foto, encontrada en los archivos de la agencia United Press, en la que se ve el momento del crimen: un hombre, semi-oculto, apoyado en el «capot» de un automóvil, apunta un fusil en dirección de Kennedy. ¿Es la prueba definitiva? No puede serlo porque la foto es mala, oscura, movida: no ofrece garantías de exactitud. Pero «Esquire» la completa con la descripción de un testigo, llamado Holland, quien asegura haber escuchado cuatro disparos; uno de ellos provendría del lugar en el que la foto muestra al posible segundo asesino... Pero hay tres testigos que insisten en que sólo hubo tres disparos: Harriman Smith, periodista; Clint Hill, policía de escolta, y Malcolm Kilduff, portavoz de la Casa Blanca. Estos testigos favorables al dictamen del «crimen solitario» y sin implicaciones políticas han tenido más suerte que otros que fueron contrarios o cuyos testimonios podían sembrar la duda: catorce de ellos han sido asesinados o han muerto en circunstancias extrañas en estos últimos tres años, según ha revelado Buchanan (TRIUNFO, núms. 229 y 230).

Otra petición de investigación nueva procede del historiador Arthur M. Schlesinger, consejero y biógrafo de Kennedy. «Me parece —dice— que existen hechos y dudas importantes que justificarían una encuesta muy profunda». El senador Russell B. Long aprovecha la corriente para declarar en Nueva Orleans que estaba convencido de que Oswald tuvo un cómplice que debía ser «mejor tirador que él». Una suma importante es la de Henry Wade, fiscal de Dallas que acusó a Ruby —cuya pena de muerte se acaba de anular y que será juzgado de nuevo, haciendo sospechar que esta clemencia es el precio de su silencio—, quien estima que hay un cierto número de preguntas sin respuesta y que sería interesante investigar de nuevo. Una toma de posición interesante es la del senador de Georgia, Richard Russell, que formó parte de la Comisión Warren. Para él la Comisión no erró, habida cuenta de los documentos que se le sometieron. Pero, ¿estuvo en posesión de todos los detalles? La preocupación de Russell coincide con una tesis que se trató de esbozar en los primeros momentos y que fue rápidamente abandonada por su inverosimilitud política: la existencia de un complot extranjero, o de origen comunista. Russell cree que no se conocen todos los detalles del tiempo en que Oswald vivió en Moscú —de 1959 a 1962— y de sus relaciones con Cuba, país para el que había pedido un visado ocho semanas antes del crimen.

En general, las tesis contrarias al dictamen de la Comisión Warren pueden agruparse en tres temas principales: 1) Oswald actuó solo, pero teledirigido por unos «asesinos invisibles» que habían preparado el complot; 2) Oswald tenía uno o más cómplices que le ayudaron a cometer el asesinato; 3) Oswald era inocente y fue el falso culpable prefabricado por los verdaderos autores del crimen, que hicieron que todas las pruebas recayeran sobre él precisamente por su personalidad psicopática y por sus relaciones con el mundo comunista, y que, después, le mandaron matar para que no pudiera defenderse. Como es lógico, éstas son las tesis que ha sostenido la madre de Oswald en el aniversario de la muerte de su hijo.

Frente a estos tres grupos de ideas —que, evidentemente, se oponen entre sí, aunque tengan un fondo común— está la oficial, la del «loco solitario». Ciertos crímenes recientes de locos solitarios —el hombre de la Universidad de Austin, el muchacho que asesinó en un salón de belleza— parecen demostrar que este tipo de personajes es frecuente en Estados Unidos. Pero en estos últimos casos, y en otros muy similares, no ha habido la menor dificultad en encontrar la verdad, y los propios locos asesinos han confesado rápidamente sus actos. La idea del «loco solitario», aprobada por la Comisión Warren, es la misma que ha expresado hace unos días Johnson, al declararse satisfecho con la labor de la Comisión, y la misma que expresa Allen Dulles, director de la CIA, en el semanario «Times», el cual se muestra contrario a cualquier nueva encuesta. Es curioso que «Time» y «Life» pertenecen a una misma empresa —«Time & Life Inc.» de la poderosa familia Luce— y en esta misma semana exponen tesis totalmente distintas acerca de este tema. En general puede decirse que las personas que ocupan hoy el poder en los Estados Unidos son quienes aceptan enteramente el dictamen de la Comisión y sostienen que no hubo complot y que Kennedy fue víctima de un loco.

Pero, en general, también la opinión pública se distancia cada vez más de esa tesis y lo ha mostrado así en la fecha del aniversario, en que se ha reverdecido la venta de los libros «de oposición»: «Rush to judgement», del abogado Mark Lane; «Who killed Kennedy?», de Thomas Buchanan; «Inquest», de Epstein; «Whitewash», de Weisberg; el «Rapport Warren», de Leo Sauvage... No falta quien acuse a estos escritores y a todos quienes abundan en su teoría de «comerciales»: es decir, de aprovechar la sombra de unas dudas para hacer un negocio editorial. Es indudable, sin embargo, que con razón o sin ella todos estos libros son fruto de un trabajo impresionante. Aunque no fuera más que el de leer y analizar todos los volúmenes publicados por la Comisión Warren...

Entre tanto, la «nostalgia Kennedy» crece en Estados Unidos. ¿Cómo estaría hoy ese país, cómo estaría el mundo si Kennedy no hubiese sido asesinado? Responder a esa pregunta es un ejercicio inútil. Profetizar en sentido inverso, mirando hacia el pasado, es más difícil que mirando hacia el futuro —con la diferencia de que no se puede uno equivocar, porque no habrá nunca prueba en contrario— y, además, mucho más inútil. Pero al mismo tiempo que crece la noción de la existencia de un «complot», se afirma la consecuencia lógica de que ese complot fue por algo o para algo; y que ese o esos algo fueron conseguidos, puesto que los asesinos invisibles no han necesitado golpear de nuevo. Todos los descontentos de los Estados Unidos convienen en que, por todo lo dicho, si Kennedy hubiese vivido la situación sería hoy muy distinta... Todo ayuda a la mitificación de la figura desaparecida. Es el tremendo peso de los fantasmas queridos. La consecuencia es una condensación de la opinión pública en torno a los Kennedy supervivientes y, de una manera especial, a Robert, que puede ser el heredero de su hermano. Los Kennedy, naturalmente, hacen todo lo posible por beneficiarse de esa corriente y preparan con seguridad su ascensión política, aunque, justo es decirlo, sin acusar a nadie de «complot», sin combatir el dictamen de la Comisión Warren. En el día del aniversario, el «Washington Post» publicaba el resultado de una auscultación de la opinión pública acerca de las próximas elecciones presidenciales. El 44 por ciento de la opinión es favorable a Robert Kennedy. El 37 por ciento, al Presidente Johnson...